



Los Seminarios de Literatura Infanto Juvenil de la Secretaría de Extensión de la UNC (1969-1970-1971-1972). Pinceladas de un contexto expansivo y regresivo¹

M. Florencia Ortiz²

25/10/2019

En las décadas del 60 y del 70 se consolidó una zona del campo de la Literatura Infantil y Juvenil en nuestro país que contribuyó a demarcar y a instituir sus propias fronteras: las producciones teóricas y críticas. Un sector de la sociedad, cada vez más profesionalizado, comenzó a dedicarse a tareas de escritura, de docencia, de divulgación y de crítica atendiendo a las particularidades de este campo. Esto implicó en términos generales, una comunidad activa que intervino en el foro de lo público, intentando nombrar, definir e instituir su especificidad.

El perfil pionero de Fryda Schultz de Mantovani en la década del 50 se diversificó³; surgieron nuevos agentes, en su mayoría mujeres que provenían de la formación docente (L. P. de Bosch, Marta Salotti, Dora Pastoriza, Beatriz Ferro, María Hortensia Lacau, M. Luisa Cresta de Leguizamón, entre otras), pero también especialistas o interesados en la infancia provenientes de otros ámbitos: artistas, periodistas, nuevas profesiones del campo editorial, así como del universo académico. Entre los múltiples roles que desempeñaron, además de escribir sobre temas específicos, algunas se dedicaron a dirigir colecciones, escribieron textos para niños, hicieron programas radiales, formaron parte de jurados de premios, fundaron instituciones, divulgaron sus ideas en artículos de revistas varias y organizaron eventos académicos y capacitaciones para docentes.

El principal foco de esta proliferación de publicaciones estuvo en las editoriales radicadas en Buenos Aires. Sin embargo, intentaremos señalar -aunque de modo sintético- el protagonismo que tuvo un conjunto de hacedores de la cultura de la ciudad de Córdoba

¹ Este artículo es un fragmento de un proyecto de tesis de Doctorado en Semiótica (en curso), en el que se investiga un capítulo de la historia de la cultura para la infancia hasta comienzos de los años 70; y en particular se analiza el programa televisivo para niños *Pipirulines* (1972-1973, Canal 10, de la Universidad Nacional de Córdoba), cuyos guiones fueron escritos por Laura Devetach.

² Profesora adjunta a cargo de Enseñanza de la Literatura, Profesorado de Letras, FFYH, UNC. Coordinadora del área Letras del Centro de Investigaciones de la FFYH María Saleme de Bournichon. Miembro de CEDILIJ (Centro de Difusión e investigación de Literatura Infantil y Juvenil). Docente en el Instituto de Formación Docente N. Sra. De las Mercedes, Unquillo.

³ Se recomienda la completa reseña sobre Fryda Schultz, elaborada por Adriana Vulponi para el Proyecto Culturas Interiores. Disponible online:

<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/ifi002.jsp?pidf=FSDIZH&po=DB>

en este proceso, y en particular un sector de la Universidad Nacional de Córdoba.

El campo de la crítica ya se venía desarrollando desde las décadas del 40 y del 50, generando procesos de reflexión sobre sus propios límites, pero principalmente en el marco de las discusiones pedagógicas que surgieron con el escolanovismo y en un círculo vinculado a una cultura europea; es decir, mayormente asociado a las preocupaciones escolares, de la pedagogía y la didáctica. Nos interesa destacar el modo en que estas reflexiones se intersectaban y se veían teñidas de discusiones de otros ámbitos, teniendo como objeto de disputa en común la definición de niñez y su impacto en los límites de “la literatura infanto juvenil” (tal como se denominaba al campo en esos años), en el contexto de un “explosivo” proceso de ampliación de la oferta de una literatura en un circuito extra escolar. Esto ocurría durante los años de masificación los medios de comunicación (con la llegada de la televisión a los hogares) y de consolidación de la sociedad de consumo.

En el afán de autodenominar y determinar lo propio de este campo las especialistas apelaron a categorías y conceptos provenientes de la psicología, de la pedagogía y también de la literatura en general. La mayoría de estos textos construían conceptos tendientes a insertar la “literatura infanto juvenil” o “infantil” en “la” cultura (la del mundo adulto), para darle validez dentro del sistema de la literatura, desmarcando la etiqueta de “infantil” de su categoría de “menor” o inferior. Con estos propósitos, se buscaba definir o delimitar este campo, aunque apelando a muy diversas fuentes y argumentos. Esta operación se apoyó en ciertas estrategias discursivas; entre ellas la de legitimar el origen o las raíces de los cuentos para niños en la tradición europea de los mitos y las fábulas. Otras posiciones, en cambio defendían una concepción de la niñez menos “encasillada” o “idealizada”, más conscientes de una necesidad de buscar un lenguaje literario más cercano a la “vida cotidiana” de los niños, más poroso a una realidad política y social.

Algunos de estos textos entretejían diálogos con teóricos de otras nacionalidades y validaban sus argumentos con referentes tales como el pedagogo uruguayo Jesualdo, los italianos Enzo Petrini y Benedetto Croce, y los franceses Marc Soriano, Paul Hazard y Denise Escarpit, Bally, Delacroix, entre otros. Otras referentes nacionales fueron Olga y Leticia Cossettini, Martha Salotti, entre otras.

En este acotado pantallazo, nos interesa señalar algunos de los matices y de las diferencias entre los planteos de estas especialistas. Aunque ha quedado poco registro de estas discusiones, es posible reconocer algunas disidencias en el tono y en la apelación a ciertos argumentos de sectores “más jóvenes” de aquellas décadas (entre ellas, Laura Devetach) que confrontaban con una mirada “estetizante” de la literatura e “idealizada” del

niño, entre otros puntos álgidos. Este entramado de disputas, fue también un escenario en el que se pusieron en juego sentidos vinculados a aportes emergentes de otros campos disciplinarios (la sociología y la comunicación social), así como ideologemas de cambios sociales y políticos de alto impacto en la cotidianeidad de quienes transitaban espacios públicos o privados: escuelas, ámbitos de formación docente y académico, escenarios teatrales y medios masivos de comunicación.

Por otro lado, el inusitado intercambio producido entre especialistas, artistas y docentes de distintos niveles del sistema educativo en torno a las lecturas infantiles, mediado a su vez por experiencias concretas con niños y jóvenes, modificó los sentidos heredados del escolanovismo y los puso en diálogo con otros postulados, en nuevos ámbitos de discusión que abrían a su vez canales de intercambio interdisciplinario. Aun bajo la supeditación al campo pedagógico, las disputas que se libraron dejaron un terreno fértil para innovaciones formales y estéticas en las prácticas de escritura por parte de algunos jóvenes autores y en las prácticas de lectura con niños y jóvenes.

Un ejemplo de lo anterior es un proyecto del Instituto Privado de Investigaciones pedagógicas del Instituto Educativo Córdoba, en el año 1964. Este consistió en la edición y publicación de antologías de textos producidos por niños y jóvenes, que daban cuenta de unas libertades poco usuales y de un reconocimiento de la expresión y la palabra juvenil e infantil. El primer título de esta colección se denominó “Antología Juvenil” (1964), y su prólogo, escrito por Laura Devetach afirmaba:

“La primera finalidad que perseguimos es dar al niño y al adolescente el lugar que se merece en la sociedad. Retribuirle un poco sus derechos y combatir dentro de lo posible la alienación en que los sumerge el medio: la de vivir en función de ser mayores, de no gozar plenamente sus estados actuales por considerar que no son momentos de la vida tan valederos como lo serán los de la madurez, sino etapas que deben ser superadas con resignación para alcanzar ese diploma que tanto se admira que es la mayoría de edad”. (p. 7)

La enumeración de los propósitos que guiaron esta antología da cuenta de la pugna por una representación del joven (o el niño) como un “otro” y da cuenta de una clara confrontación con el discurso de la escuela tradicional que idealizaba al niño y lo concebía como un germen de la adultez. Un primer aspecto innovador es que se trata de una escuela

para ambos géneros⁴. La construcción discursiva en torno a la infancia y la adolescencia se destaca por aquellas atribuciones que lo ligan positivamente con el espíritu rebelde: “seres ansiosos e íntimamente insatisfechos, de continuo enfrentados con el abismo que los separa de los mayores”. El prólogo se abre y se cierra con epígrafes de Martí, autor cuya obra es un estandarte de la búsqueda de una definición de infancia que se liga a un proyecto americano, intrínsecamente político.

Estas publicaciones no eran un simple compendio de producciones juveniles e infantiles. Se enraizaban con experiencias que habían sido conceptualizadas por los referentes más importantes del campo pedagógico y de las reflexiones sobre la literatura infantil de esos años. En este sentido, en la ciudad y en la provincia de Córdoba se desarrollaron proyectos educativos que hicieron de caldo de cultivo para estas innovaciones. A comienzos de los años 60, ya había antecedentes locales vinculados con estos paradigmas educativos: Antonio Sobral, Luz Vieira Méndez y María Luisa Cresta de Leguizamón en la Escuela Normal Superior de Córdoba (fundada en 1942), Blanca y Alberta Sarrat⁵. Un grupo prolífero de pedagogos y pedagogas contribuyeron a ensanchar una zona de “experiencias educativas innovadoras” que, dejó huellas en estas décadas.

Estos proyectos a los que nos referimos, apuntalaban la idea de “una escuela viva o integral”, en la que la enseñanza de la lengua debía estar al servicio de la expresión y no de la norma. En este marco se desarrollaron prácticas en las instituciones educativas que dejaban de lado el uso de los manuales escolares, acercaban a los alumnos obras literarias “de valor universal” o “lecturas apropiadas para la infancia”, la enseñanza “más del lenguaje que de la gramática”, y promulgaban tempranamente acciones tendientes a la promoción de la lectura literaria “con entusiasmo” (Torres de Olmos, 1986). Además de estos antecedentes locales y nacionales, dos publicaciones funcionaron como referentes en estos años: *500 poemas de los niños de la escuela de Jesualdo*, (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945) y *Veinte cuentos infantiles ilustrados por niños* (Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1954)⁶.

Sin duda, estas experiencias llevadas a cabo en la Córdoba expansiva y conflictiva de los años 60 y comienzos de los 70, hicieron posible una zona fronteriza de experiencias

⁴ El prólogo comienza aclarando el criterio inclusivo de su alumnado: “El Instituto de educación Córdoba, fue creado en 1962, con un grupo de cincuenta alumnos de ambos sexos, a fin de realizar investigaciones en el campo educacional” (1964: p. 5)

⁵ Entre otras figuras claves que contribuyeron instaurar y probar innovadores protocolos de lectura y de escritura con niños y jóvenes en el contexto áulico fueron: Delia Trabadello, María Luisa Cresta de Leguizamón, Blanca Sarrat de Ruiz, Alberta Sarrat, Jorge Peyrano, Clara Peyrano, María Rosa Finchelman, entre otros.

⁶ Ambas pertenecen al “Fondo Malicha” de la Biblioteca de la FFYH.

y de mutuas influencias: una “escucha” productiva de voces infantiles y juveniles, que impactó en la escritura de jóvenes escritores y en otros procesos creativos ligados al teatro destinado a niños⁷.

En este clima de mayor visibilidad de la infancia en una cultura educativa y pedagógica que alentaba y demandaba materiales novedosos, destacamos una incipiente producción de textos para niños de autoras cordobesas en estos años, cuyas publicaciones datan principalmente de mediados de los 70 y en algunos casos, de la década del 80 (Laura Devetach, Edith Vera, Nelly Canepari, María Rosa Finchelman, entre otras⁸).

Nos interesa subrayar el modo de circulación de algunos de estos textos teóricos y literarios escritos desde una geografía cultural distante pero no ajena a lo que ocurría en la capital. Esta situación favoreció vasos comunicantes y unas operaciones de intercambios paralelos o alternativos al ámbito libresco: a través de lazos interpersonales cuyos registros orales son irrecuperables actualmente (programas radiales, clases, conferencias, diálogos, encuentros, jornadas) y entre sectores dedicados a la cultura, al arte y a la educación⁹. Algunos circularon impresos, pero de un modo informal, a través de copias o en publicaciones al estilo de plaquetas.

El panorama “expansivo” hasta aquí descripto se comprende mejor, cuando ponemos el foco en el evento académico que se desarrolló por iniciativa de M. Luisa Cresta de Leguizamón, en el marco de la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional de Córdoba, a lo largo de tres años consecutivos: 1969, 1970 y 1971 (el cuarto seminario no se pudo concretar, pero sí se imprimió un cuadernillo con artículos). En la gestión de los seminarios tuvo un rol protagónico Lucía Robledo, egresada de Letras, miembro de la Comisión Organizadora y Coordinadora general de los Seminarios¹⁰.

No es casual que la radicación de los renombrados seminarios haya sido en la Secretaría de Extensión (y no en la Escuela de Letras), porque era un ámbito propicio, sensible y comprometido con otros saberes, otros sujetos y otros sectores del mundo social que operaba en las zonas fronterizas de la producción de conocimientos académicos

⁷ Jorge Luján, el reconocido músico, escritor y actor, en aquellos años integró distintos grupos teatrales en Córdoba, en una entrevista realizada por Fobbio y Patrignoni cuenta cómo se vio entusiasmado al leer estas publicaciones del Instituto Córdoba; a partir de ellas tomó textos escritos por niños y los musicalizó. (Fobbio y Patrignoni, 2010: 46-47).

⁸ Laura Devetach tuvo un notable recorrido y actuación desde aquellos años hasta la actualidad. Algunos textos de escritoras que escribieron y publicaron textos para niños en esos años, se recopilaron en el libro *Desde Córdoba les contamos* (Plus Ultra, Buenos Aires, 1986, 2da. Edición).

⁹ En la entrevista que realizó Claudia Baca a M. L. Cresta de Leguizamón (2013) ella menciona este modo de compartir sus saberes en un ámbito universitario reacio a la incorporación de este campo.

¹⁰ Lucía Robledo había trabajado como docente en la “Escuela Nueva José Martí”, creada por Blanca y Alberta Sarrat funcionó en la década del 50 hasta el año 1963.

“legitimados” o canónicos. Por lo tanto, fue un contexto institucional privilegiado para favorecer la ampliación de un campo disciplinario y el comienzo de un largo proceso de legitimación. Este contexto de ampliación dio cabida a una discusión y a una confrontación entre algunas voces “oficiales” y otras voces más transgresoras.

Por otro lado, en esos años, algunos sectores de la universidad llevaban a cabo proyectos académicos revolucionarios y fue sede de uno de los movimientos estudiantiles de mayor impacto (el “Cordobazo”, 1969), apenas unos meses antes del primer seminario. Muchos de quienes transitaban estos espacios universitarios se concebían como herederos de la Reforma del 18, que había cambiado el rumbo y el espíritu de una sociedad del conocimiento laico y público en 1918. Nos referimos al Coro universitario, al Departamento de cine, la Facultad de Arquitectura y su Taller Total, el Frente Cultural el Departamento Escénico y también el programa que coordinó Lucía Robledo entre 1971 y 1973: “Arte para niños”.

La organización de este evento era compleja: se receptaban trabajos previamente, se aceptaban o se rechazaban, se publicaban algunos; se hacía una publicación con los seleccionados y también se escribían conclusiones durante el seminario. La presencia de un heterogéneo público (entre conferencistas, expositores y asistentes) generó una multiplicidad de propuestas de diversa calidad. Pero muchas de las discusiones que quedaron allí plasmadas aún hoy permanecen en las agendas de seminarios, congresos y jornadas. Algunos ejes fueron: Literatura y Educación, Géneros y temas; Literatura y Medios Audiovisuales; Teatro, Títeres, Revistas e Historietas; Metodología de Análisis y crítica (Robledo, 1991).

Estos encuentros que hicieron posibles los seminarios congregaron a una gran cantidad de personas que llegaron desde distintos lugares del país; muchos de ellos fueron protagonistas claves, años después, en la consolidación del campo de la literatura infantil y juvenil, a partir del denominado “boom” de la literatura infantil durante la recomposición democrática del país. A lo largo de estos tres años consecutivos, un grupo de especialistas y docentes de esta alta casa de estudios favoreció la ampliación de este escenario de voces que ya hacia fines de los años 60 consolidaban un campo disciplinar, aunque atravesado por múltiples preocupaciones. Por un lado, contribuyeron a un proceso de institucionalización de los límites del campo de la literatura infantil y juvenil, pero por otro lado, también a la expansión de las fronteras del campo de lo infantil. La “comunidad” de especialistas, artistas y mediadores en general en torno a una cultura para la infancia (el sólo temario es un indicador de la ampliación de la mirada hacia fenómenos que

desbordaban el ámbito de los libros) y la sistematización de los discursos en este ámbito universitario, sacudió las aguas quietas de lo que hasta ese momento era “lo literario” para niños y corrió las fronteras de aquel reducto delimitado de lo escolar, promoviendo el acercamiento de las reglas de este campo al de la cultura literaria para los adultos y más allá. El contexto universitario hizo posible la discusión y el intercambio entre perspectivas “más oficiales” y otras “más transgresoras”; y obligó a planteamientos menos “subjetivos” o “dogmáticos”; es decir con mayor rigor intelectual, bajo regulaciones intersubjetivas propias del ámbito académico y de la construcción colectiva de saberes.

Lejos de haber sido una etapa expansiva y “festiva”, el proceso de ampliación de la cuestión de la infancia al ámbito del conocimiento público, convivió con momentos de censura y represión, en los gobiernos dictatoriales que se intercalaron con los democráticos, hasta que el contexto de violencia se oficializó y se radicalizó a partir de 1976. La avanzada sobre ideas innovadoras en libros, temas, lenguajes y formatos para niños y jóvenes resultó en numerosos casos blanco de “acusaciones” que fueron acompañadas de prácticas ilegales (decretos, persecuciones, amenazas, bombas, etc.). El discurso oficial que prohibía libros, cesanteaba personas o las perseguía -entre otras acciones que han sido investigadas y documentadas- lo hacía desde una voz “mesiánica” que se “auto” atribuía la obligación de prohibir estos libros para “proteger” la infancia de la infiltración marxista y antipatria, retrocediendo la mirada a paradigmas conservadores que concebían al niño como un ser “controlable”, que debía ser educado en “valores inmutables” (familia, religión, nacionalidad, orden, tradición y jerarquía). La tristemente célebre frase del decreto de prohibición nacional de 1976 referida a *La torre de cubos* de Laura Devetach denunciaba su “peligrosa” e “ilimitada fantasía” (Invernizzi y Gociol: 2003).

A modo de cierre provisorio, y con el objetivo de expresar la necesidad de profundizar el conocimiento de lo producido en aquellos seminarios, pensamos que su transcendencia y su importancia siguen siendo una memoria cultural que debemos construir del pasado reciente. Una memoria que sea capaz de revelar no sólo el impacto de aquellas discusiones en el futuro y el presente de los libros y de la cultura para niños y jóvenes; sino también capaz de develar mecanismos represivos de la sociedad civil, un entretejido capilar de acciones que contribuyeron a ceder y a poner el estado en manos de un gobierno dictatorial, cuyos daños aún estamos evaluando.

Bibliografía (citada en el texto)

AAVV (1954). *Veinte cuentos infantiles ilustrados*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.

Abratte, Juan Pablo (2007). *Hegemonía, Reformas y Discurso Educativo en la provincia de Córdoba (1984 – 1999)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Buenos Aires: FLACSO.

Cresta de Leguizamón (2013) *Mundo Malicha*. Con prólogo de Claudia Baca. Córdoba: Letras y Bibliotecas de Córdoba.

Cresta de Leguizamón, María Luisa (1962). *La lengua materna en la escuela secundaria*. Buenos Aires: Eudeba.

Devetach, Laura (1964). “Prólogo” de *Antología Juvenil*. Córdoba: Instituto de Educación Córdoba.

Finchelman, M. Rosa, Torres de Olmos, Marta, Formiga de Tosco, Lidia (1986). *Desde Córdoba les contamos*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Fobbio, Laura y Patrignoni, Silvina (2010). *En el teatro del símeacuerdo. Escenas para niños y acción en Latinoamérica*, Córdoba: Recovecos.

Invernizzi, Hernán y Gociol, Judith (2003). *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.

Jesualdo (1945). *500 poemas de los niños de la escuela de Jesualdo*. Buenos Aires: Claridad.

Lacau, María Hortensia (1965). *Didáctica de la lectura creadora*. Buenos Aires: Kapelusz.

Pastoriza de Etchebarne, Dora (1962). *El cuento en la literatura infantil*, Buenos Aires: Kapelusz.

Robledo, Lucía (1991). “Prólogo” a *Oficio de palabrera. Literatura para chicos y vida cotidiana*, Laura Devetach, Buenos Aires: Colihue.